

RESEÑAS

George Yúdice. *El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa, 2002.

El subtítulo de este libro parece planeado para incomodar. Desde los primeros párrafos se establece que los contenidos de la cultura han pasado a segundo plano, desplazados ante la atención crítica por el cambio radical que ha sufrido su uso. Tan radical que George Yúdice (así como yo misma y seguramente los lectores de esta reseña) puede recordar tiempos no tan remotos en los que la idea de uso de la cultura habría parecido una herejía. No hace ni dos meses, uno de mis estudiantes de licenciatura me dijo con inmovible seriedad que la poesía es la menos corruptible de las artes, ya que no ha entrado al mercado. Pero en una línea de característica concisión, Yúdice toma su distancia respecto a Adorno y Horkheimer: la crítica a la mercantilización de la cultura ya ni siquiera forma parte de su argumentación. Sencillamente, llegamos un poco tarde a un mundo ya viejo y sabemos que ni la poesía ni ninguna de las artes, pero tampoco ninguna actividad intelectual ni siquiera ninguna manifestación cultural de esas que forman el alma genuina de los pueblos, puede seguir floreciendo sin una fuente de financiamiento más o menos decente. La frase anterior ha llegado a ser tan obvia que sólo la escribo por un esfuerzo de claridad. Estamos en un momento en que la cultura, para garantizar su viabilidad y supervivencia, debe demostrar que tiene algún tipo de utilidad, que aún puede servir para algo.

Dos frases al vuelo: hace poco más de 100 años, Oscar Wilde escribía en un prefacio calculado para irritar que todo arte es perfectamente inútil. Yúdice contesta con la conclusión expresada en una reunión dedicada a discutir el financiamiento transnacional de la cultura, celebrada en Bellagio en 1999: “la cultura por la cultura misma, cualquiera que ésta sea, nunca será financiada, a menos que proporcione una forma indirecta de ganancia” (*apud*. Yúdice 29).

Signos Literarios

Hemos pasado de una crítica a la mercantilización de la cultura, más o menos basada en la nostalgia de los privilegios (espirituales o de clase, según el ángulo de visión) que permitían crear o disfrutar el arte, al estilo de Wilde o Baudelaire, o bien al estilo de la cultura amparada en México por el Estado corporativo, a una cultura que no ha muerto en la era del capitalismo global, pero se ha descubierto como recurso.

Desde luego, esto establece otro criterio posible para leer o apreciar un canon literario o artístico, cualquier canon: las obras que en su momento sirvieron, recibieron apoyo y consagración y fueron posteriormente confirmadas porque su reutilización era posible o provechosa. Pero no sólo la alta cultura se ha transformado en un recurso: lo mismo puede decirse de la cultura considerada en su sentido antropológico, y desde luego, de la cultura de masas. Las distinciones entre las tres tienden a borrarse, a medida que todas se convierten en recursos necesitados de administración y gestión y aprovechados con ingenio y eficiencia por actores muy diversos.

Un buen ejemplo son las demandas culturales del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Los zapatistas no sólo reivindicaron la diversidad cultural como argumento contra la uniformidad impuesta por el neoliberalismo, sino que crearon un lenguaje que dramatizaba esa diferencia de culturas (“En el mundo que queremos caben muchos mundos. En la nación que construimos todas las comunidades y todas las lenguas caben, todos los pasos andan, todos ríen, todos viven el amanecer” (*apud*. Yúdice 125)). Esta estrategia es un brillante ejemplo de un fenómeno que se comprueba constantemente: muchos conflictos y discusiones que antes tenían lugar en el ámbito político o económico ahora se manifiestan como discusiones de cultura. Los zapatistas demostraron su habilidad para aprovechar para sus propios fines recursos culturales hasta entonces dominados en buena medida por el Estado contra el que se estaban rebelando, como los medios de comunicación masiva. Es igualmente famosa su utilización de la comunicación cibernética y su cuestionamiento de las técnicas de representación fotográfica, en suma, su empleo del recurso de la cultura para desestabilizar al mismo sistema que lo aprovecha constantemente. Pero el juego es recíproco: Yúdice señala también que, ya en enero de 1996, días después del primer levantamiento zapatista, el presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Rafael Tovar y de Teresa, enarbolaba desde el Estado un discurso muy similar —“la cultura contribuye a la manifestación de la diversidad étnica y social del país”, Programa de Cultura 1995-2000 (*apud*. Yúdice 125)).

De cualquier manera, el recurso de la cultura no está sólo a disposición de los poderosos, sino también de quienes resisten o están activamente comprometidos con la transformación de sus sociedades. Parece claro (y ya ha sido asimilado por quienes inviertan en cultura) que ésta puede servir para numerosos fines: la cultura es el recurso que permite el “rescate” y revalorización de zonas que así vuelven a ser atractivas para la inversión y la generación de empleos, como ahora sucede en el Centro Histórico de la Ciudad de México; puede convertirse en una manera de contrarrestar problemas sociales como la drogadicción o la violencia, tal como ha sucedido en Río de Janeiro; puede servir como núcleo para reivindicaciones políticas o identitarias; crea ámbitos de encuentro en medio de exacerbados conflictos, como sucede con los festivales musicales en Colombia; resulta inapreciable para promover el turismo. Sirve, en fin, para revitalizar y mantener los vínculos sociales amenazados por los reacomodos, destrucciones y cambios característicos de la época global.

Todo lo anterior cuestiona la prestigiosa idea de que el arte y la cultura (en este caso, lo que se llamaba la “alta cultura”) tienen ante todo una función crítica: ¿serían financiados, difundidos y canonizados si así fuera? En realidad, parece que el problema es un poco más complicado, pues como parece indicar el ejemplo de los zapatistas, las iniciativas más críticas y beligerantes pueden ser asimiladas. Pero esta palabra significa también que muchas de las reivindicaciones que plantean son adoptadas y siguen inspirando nuevos esfuerzos de transformación, que aparecen en sitios distintos, en voz de otros actores que vuelven a plantear preguntas difíciles. Si parece claro que es imposible pensar en la cultura sin considerar sus fines y utilidades, es decir, sin entenderla como recurso, también lo es que las interrogaciones planteadas por ello y sus respuestas transitorias aún están sometidas a la prueba del tiempo, pues deben ser probadas ante la evolución de los fenómenos descritos y la intervención de nuevos actores.

Lo que hace tan estimulante la lectura de *El recurso de la cultura* es la decisión de someter a prueba toda conclusión, de considerarla siempre provisional, siempre a la espera de más datos, de otros ejemplos, de nuevas preguntas. Hay una voluntad de acometer el desafío intelectual que supone el mundo globalizado, de pensar qué ha sucedido en México, en Estados Unidos, en Brasil, en otros lugares de América Latina, de entender cómo hemos cambiado nosotros, nuestras culturas y nuestras relaciones con ellas. Tras casi 400 eruditas páginas dedicadas a explorar los avatares de la cultura en los años recientes a través del análisis de informes, encuestas, estudios teóricos, manuscritos inéditos, festivales y expresiones mu-

Signos Literarios

sicales, exposiciones pictóricas, informaciones periodísticas y cibernéticas, obras literarias, etcétera, cuando estaba trabajando en la conclusión, Yúdice fue interrumpido por los ataques a las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001. “Mis argumentos acerca de la conveniencia de la cultura parecían increíblemente insignificantes” (393) anota a raíz de ello. No pudo terminar el libro sin un nuevo esfuerzo para tratar de pensar también ese nuevo acontecimiento. ¿Sería la cultura un recurso eficaz ante tal embate? No es común esta disposición a pensar rigurosamente lo más inmediato, y por eso El recurso de la cultura ni siquiera necesita el asentimiento silencioso de sus lectores: basta con participar en esta inquisición inteligente, casi tan incesante como su objeto de estudio.

Adriana González Mateos
Universidad del Claustro de Sor Juana

Evodio Escalante. *Elevación y caída del estridentismo*. México: Ediciones Sin Nombre / Conaculta, 2002.

En poco más de un centenar de páginas el maestro Escalante acomete una decidida y eficaz revalorización de uno de los nodos más productivos en la literatura mexicana y latinoamericana de la vanguardia: el estridentismo, grupo de escritores que nucleados alrededor del contradictorio Manuel Maples Arce surgió hacia 1921 y cuyo fulgor resplandeció con diversa fortuna durante el resto de esa década de prodigiosa innovación en todas las artes. El enfoque esencial de Escalante no es propiamente literario sino más bien contextualista. En efecto, su mirada a la producción estridentista está enmarcada por la metáfora con que titula su oportuno trabajo: elevación y caída, parábola que denota el movimiento en el espacio de los cuerpos que momentáneamente se despegan de la gravedad sólo para volver al punto de partida. En concreto, Escalante se pregunta por qué en la historia de la literatura mexicana generalmente se han desconocido las importantes innovaciones del estridentismo (no obstante los trabajos esenciales de Luis Mario Schneider, a los que Escalante alude varias veces), y más bien se ha privilegiado al grupo rival (y quizá opuesto), los Contemporáneos. En este caso, desconocer no es ignorar sino no reconocer, punto de paso hacia la minusvaloración. A pesar de la brevedad de su trabajo, Escalante documenta de modo fehaciente “la